



*Caso clínico*



GRAEME MACRAE BURNET

*Traducción del inglés a cargo de  
Alicia Frieyro*



IMPEDIMENTA



## PRÓLOGO

A finales de 2019 recibí un correo electrónico de un tal Martin Grey, de Clacton-on-Sea. Obraban en su poder varios cuadernos manuscritos por su prima, que, en su opinión, podrían servir de base para un libro interesante. Contesté dándole las gracias, aunque también le sugerí que quizá la persona más apropiada para aprovechar el material en cuestión fuera el propio señor Grey. Sin embargo, no estuvo de acuerdo y manifestó que él no era escritor y que si recurría a mí era por algo. Me explicó que se había topado con una entrada mía en un blog, donde escribía sobre el olvidado psicoterapeuta de los años sesenta Collins Braithwaite. Los cuadernos contenían ciertas acusaciones contra Braithwaite, que tenía la certeza de que resultarían de mi interés.

Con esto consiguió, cómo no, picar mi curiosidad. Daba la casualidad de que, unos meses antes, yo me había tropezado con un ejemplar de la obra *Antiterapia*, de Braithwaite, en la harto caótica librería Voltaire & Rousseau, de Glasgow.

Braithwaite había sido contemporáneo de R. D. Laing y una especie de *enfant terrible* del movimiento ideológico conocido como «antipsiquiatría» de la década de 1960. El libro, una recopilación de casos clínicos, era salaz, iconoclasta y absorbente. La escasa información que encontré sobre él en internet no satisfizo mi recién descubierta fascinación y me dejó lo bastante intrigado como para animarme a visitar la Universidad de Durham, situada veinticinco millas al norte de Darlington, la población natal de Braithwaite, donde conservaban un pequeño archivo sobre el autor.

El *archivo* en cuestión lo componían dos cajas, que contenían los manuscritos de los libros de Braithwaite cargados de anotaciones (y adornados, con frecuencia, de garabatos obscenos no exentos, empero, de cierta calidad artística), algunos recortes de periódico y un reducido número de cartas, en su mayor parte firmadas por el editor de Braithwaite, Edward Seers, y por su otrora amante, Zelda Ogilvie. A medida que iba ensamblando los detalles de la extraordinaria vida de Braithwaite, empecé a considerar la posibilidad de escribir su biografía, una idea que fue recibida con escaso entusiasmo por parte de mi agente y de mi editora. ¿Por qué —me preguntaron— iba nadie a querer leer sobre un personaje olvidado y caído en desgracia, cuya obra llevaba décadas descatalogada? No me quedó otra que reconocer que la pregunta era de lo más razonable.

Este fue el contexto en el que se inició mi interacción con el señor Grey. Le dije que me gustaría, después de todo, echar un vistazo a los cuadernos y le proporcioné mi dirección. Dos días después llegó un paquete. La nota que lo acompañaba no establecía condición alguna para la publicación. El señor Grey no deseaba ninguna remuneración y, por respeto a la privacidad de su familia, prefería permanecer en el anonimato. Grey,

confesaba el hombre en la carta, no era su verdadero apellido. Si yo consideraba que los cuadernos carecían de interés, solo me pedía que se los enviara de vuelta. Pero estaba convencido de que ese no sería el caso y no adjuntaba dirección de remite.

Me leí los cinco cuadernos en un solo día. Si albergaba algún escepticismo, este se disipó al instante. La autora no solo narraba una historia absorbente, sino que su escritura poseía, a pesar de sus protestas, un brío un tanto alocado. El material estaba ordenado de manera caprichosa, pero pensé que eso solo daba más verosimilitud a lo que ella tenía que contar.

A los pocos días, no obstante, había llegado a la conclusión de que estaba siendo víctima de una broma pesada. ¿Qué manera más calculada de tentarme podía haber que presentarme un conjunto de cuadernos descubiertos al azar, donde se acusaba de negligencia criminal a una persona a la que casualmente me hallaba investigando en ese momento? Ahora bien, si se trataba de un engaño, el señor Grey se había tomado muchas molestias, entre ellas, que no era poco, escribir a mano los propios documentos. Decidí realizar unas cuantas comprobaciones. Los cuadernos (libretas escolares baratas de la marca Silvine, de hecho) eran de un modelo muy asequible en la época. No estaban fechados, pero varias referencias en el texto apuntaban a que los hechos descritos no podían sino haber acaecido en el otoño de 1965, cuando Braithwaite ejercía, en efecto, en Primrose Hill y estaba a punto de alcanzar la cumbre de su fama. Las páginas de *Antiterapia* pegadas con cinta adhesiva al primer cuaderno corresponden a la primera edición, la cual no habría sido fácil de conseguir a posteriori, y esto apuntaba a que la redacción de los cuadernos era contemporánea a los hechos. Muchos de los detalles casaban con lo que yo había leído en el archivo de la universidad o en artículos de prensa de la época. Aunque eso no demostraba nada.

Si los cuadernos eran falsos, al autor no le habría hecho más falta que llevar a cabo las mismas indagaciones que yo. Otros detalles eran menos precisos. Por ejemplo, el nombre verdadero del pub que aparece en la narración es Pembroke Castle, y no Pembridge Castle, que es como se refieren a él en el texto. Pero esta clase de error parecía más propia de una autora que estuviera trasladando sus pensamientos de forma inocente al papel que de una persona que buscara perpetrar una superchería. Los cuadernos contenían, además, un cameo muy poco favorecedor del propio señor Grey, una aparición que costaba creer que él mismo hubiese incluido de haber sido el autor.

Luego estaba la cuestión del motivo. No se me ocurría ninguna razón por la que alguien podría querer llegar a semejantes extremos para engañarme. Y parecía igual de improbable que el objetivo fuera desacreditar a Braithwaite, cuya carrera había acabado en la ignominia de todos modos y el cual, a duras penas, merecía una nota a pie de página en la historia de la psiquiatría.

Envié un correo electrónico al señor Grey. El material, le decía, era intrigante, desde luego, pero no podía seguir adelante sin una prueba definitiva de su procedencia. Contestó diciendo que no sabía qué evidencia podía esperar que él aportara. Había encontrado los cuadernos mientras vaciaba la casa de su tío en Maida Vale. Además, había conocido a su prima durante toda su vida, y el vocabulario y los giros que utilizaba en sus frases concordaban por completo con la manera que ella tenía de expresarse. Sencillamente, no resultaba creíble que los hubiese escrito otra persona. Está claro que nada de esto constituía la clase de prueba que yo andaba buscando. Le pregunté al señor Grey si estaría dispuesto a reunirse conmigo. Él se negó, argumentando de manera muy razonable que eso tampoco probaría nada. Si no confiaba en su «*bona fides*», concluía, solo

tenía que devolverle los cuadernos, a cuyo efecto proporcionó, esta vez sí, el número de un apartado de correos.

Como es obvio, no los devolví. Y aunque hice lo suficiente para convencerme de que los cuadernos eran genuinos, no puedo dar fe de la veracidad de su contenido. Quizá los eventos descritos no sean más que el producto de la fantasía de una joven que confiesa tener ambiciones literarias y que, como evidencian sus propias palabras, se encontraba en un atribulado estado mental. Me dije que lo importante no era que los hechos hubiesen sucedido realmente, sino que, simple y llanamente, y tal y como había manifestado el señor Grey desde el principio, constituirían la base de un libro interesante. El hecho de que recibiese los cuadernos tan a colación de mis propias investigaciones se me antojó demasiado idóneo para resistirme. Redoblé mis esfuerzos visitando los emplazamientos relevantes, profundizando en el estudio de la obra de Braithwaite y llevando a cabo una serie de entrevistas a personas que en su momento mantuvieron alguna relación con él, y ahora presento los cuadernos, ligeramente editados, junto con mi propio material biográfico.

GMB, abril de 2021

## EL PRIMER CUADERNO

He decidido tomar nota de todo lo que suceda porque tengo la sensación, supongo, de que pueda estar poniéndome en peligro y de que, si se demuestra que tengo razón (que ya sería raro, lo reconozco), este cuaderno podría servir como una especie de prueba.

Por desgracia, como ya se verá, tengo poco talento para la composición. Mientras releo mi frase anterior siento auténtica vergüenza, pero me temo que no llegaré a ninguna parte si me pongo puntillosa con el estilo. La señorita Lyle, mi maestra de Lengua, solía reprenderme por intentar embutir demasiados pensamientos en una única oración. Era señal, decía, de una mente desordenada. «Primero debes decidir qué quieres decir y luego expresarlo con la mayor sencillez posible.» Ese era su mantra, y aunque no hay duda de que es una buena fórmula, me doy cuenta de que ya me lo he saltado. He dicho que puedo estar poniéndome en peligro para acto seguido embarcarme, sin remedio, en una digresión irrelevante. Sin embargo, en lugar de empezar de nuevo, voy a seguir adelante.

Aquí lo que importa es la sustancia, no el estilo; que estas páginas constituyan un registro de lo que va a suceder. Pudiera ocurrir que, de ser mi narrativa demasiado pulida, quizá le faltase credibilidad; que, de alguna manera, la apariencia de autenticidad radique en la imperfección. En cualquier caso, no puedo seguir el consejo de la señorita Lyle, puesto que todavía no sé lo que deseo decir. No obstante, por el bien de quien tenga el infortunio de encontrarse leyendo esto, pondré todo mi empeño en ser clara: en expresarme con la mayor sencillez posible.

Animada por este espíritu, empezaré por exponer los hechos. El peligro al que he hecho alusión radica en la persona de Collins Braithwaite. Ustedes mismos habrán oído a los medios describirlo como «el hombre más peligroso de Gran Bretaña» en relación con sus ideas sobre la psiquiatría. Yo creo, sin embargo, que es peligroso no solo por sus ideas. Y es que, verán, estoy convencida de que el doctor Braithwaite mató a mi hermana, a Veronica. No me refiero a que la asesinara en el sentido literal de la palabra, sino que, a pesar de todo, él es tan responsable de su muerte como si la hubiese estrangulado con sus propias manos. Hace dos años, Veronica se tiró desde el paso elevado de Bridge Approach, en Camden, y murió atropellada por el tren de las 16:45 a High Barnet. Cuesta imaginar a una persona menos inclinada a cometer un acto semejante. Tenía veintiséis años, era inteligente, le iba bien y poseía un atractivo pasable. A pesar de todo esto, y sin que lo supiéramos mi padre y yo, llevaba varias semanas acudiendo a la consulta del doctor Braithwaite. Esto lo sé porque él mismo me lo contó.

Al igual que media Inglaterra, yo ya estaba familiarizada con el ordinario acento norteño de Braithwaite mucho antes de conocerlo en persona. Lo había escuchado hablar en la

radio, e incluso lo había visto por televisión en una ocasión. El programa era un debate de psiquiatría conducido por Joan Bakewell.<sup>1</sup> El aspecto de Braithwaite no era más atractivo que su voz. Vestía una camisa con el cuello abierto y no llevaba chaqueta. Su pelo, que le llegaba un poco por encima de los hombros, estaba despeinado; y no paraba de fumar. Era de rasgos grandes, como exagerados por un caricaturista, pero tenía algo que te atrapaba la vista, incluso por televisión. Apenas reparé en la presencia de los demás invitados en el estudio. Recuerdo menos lo que dijo que cómo lo dijo. Tenía el aire de ser un hombre al que resultaría inútil resistirse. Hablaba con una autoridad cansina, como si le agotase tener que explicarse delante de sus inferiores. Los tertulianos estaban sentados formando un semicírculo, con la señorita Bakewell en el centro. Mientras los otros mantenían una pose erguida, como si estuvieran en misa, el doctor Braithwaite estaba repantingado en su asiento como un colegial aburrido, con la barbilla enterrada en la palma de la mano. Parecía contemplar a los otros participantes con una mezcla de condescendencia y hastío. Cuando el programa aún no había terminado, recogió sus enseres de fumador y abandonó el estudio, a la vez que murmuraba un impropio que no hay necesidad de repetir aquí. La señorita Bakewell se quedó de piedra, pero recuperó enseguida la

1. Esta edición de *Late Night Line-Up* se retransmitió en antena el domingo 15 de agosto de 1965 en el canal BBC2. Los otros tertulianos eran Anthony Storr, Donald Winnicott y el por entonces obispo de Londres, Robert Stopford. R. D. Laing había sido invitado a participar, pero se negó a compartir plató con Braithwaite. Por desgracia, no se conserva ninguna grabación del programa, pero Joan Bakewell escribiría tiempo después que Braithwaite era «uno de los individuos más arrogantes y desagradables» a los que había tenido la desgracia de conocer jamás. (*Salvo que se indique lo contrario, las notas al pie son del autor.*)

compostura y manifestó que la pobreza de ideas de su invitado quedaba probada por el hecho de que no estuviera dispuesto a debatir con sus contertulios.

Los periódicos del día siguiente condenaron sin excepción el comportamiento del doctor Braithwaite: era la personificación de lo peorcito de la Gran Bretaña moderna; sus libros estaban repletos de ideas terriblemente obscenas y exhibían la vertiente más ruin de la naturaleza humana. El día después, como es natural, me pasé por la librería Foyle's a la hora del almuerzo y pedí un ejemplar de su último libro, un tocho con el título nada atractivo de *Antiterapia*. La dependienta manipuló el volumen como si fuera un objeto infecto y peligroso, y me lanzó una mirada cargada de desaprobación como yo no había experimentado desde que compré un ejemplar de esa novela de tan mala fama escrita por el señor Lawrence.<sup>2</sup> Mi adquisición permaneció bien empaquetada hasta que, esa noche, estuve instalada en la seguridad de mi dormitorio después de cenar.

He de admitir que mis conocimientos sobre psiquiatría, antes de esto, se derivaban exclusivamente de esas escenas de las películas en las que un paciente se reclina en un sofá y relata sus sueños a un médico barbudo con acento alemán. Quizá por eso encontré difícil de seguir la introducción de *Antiterapia*. Estaba llena de palabras desconocidas, y las oraciones eran tan largas y enrevesadas que al autor le habría venido bien seguir el consejo de la señorita Lyle. Lo único que saqué en claro de esa primera parte fue que, para empezar, Braithwaite ni siquiera había querido escribir aquel libro. Sus «visitantes», como él los llamaba, eran individuos, no «casos clínicos» a los que exhibir

2. Se refiere a D. H. Lawrence (1885-1930) y su novela *El amante de Lady Chatterley*. (Nota de la traductora.)

como raros fenómenos en una feria. Si ahora sacaba a la luz estas historias era con el solo propósito de defender sus ideas ante el escarnio del que habían sido objeto por parte del Sistema (una palabra que utilizaba con mucha frecuencia). Se declaraba a sí mismo «un antiterapeuta»: su labor era convencer a la gente de que no necesitaba terapia; su misión era tumbar el «chapucero edificio» de la psiquiatría. Me pareció una postura de lo más peculiar, pero, como ya he dicho, no soy muy versada en el tema. El libro, escribía Braithwaite, podía considerarse como una obra complementaria a sus anteriores escritos y estaba compuesto por una serie de ensayos basados en las relaciones que había establecido con individuos atribulados. Como es evidente, se habían cambiado los nombres y algunos detalles identificativos, pero insistía en que los datos fundamentales de cada una de las historias eran veraces.

Tras superar la desconcertante introducción, hallé estas historias tan absorbentes que me dio hasta miedo. Supongo que resulta alentador leer sobre gente desastrosa que hace que tus propias excentricidades palidezcan en comparación. Para cuando llevaba la mitad del libro me sentía una persona de lo más normal. Solo cuando llegué al penúltimo capítulo descubrí que estaba leyendo sobre Veronica. Creo que lo más sensato es insertar aquí esas páginas y punto:

## CAPÍTULO 9

### *Dorothy*

Dorothy era una mujer muy inteligente que rondaba los veinticinco años. Era la mayor de dos hermanas y se crio en el seno de una familia de clase media en una gran urbe inglesa. Sus padres eran anglosajones de pura cepa. Dorothy nunca había presenciado una sola muestra de afecto entre ellos. Las discusiones, me contó, las solventaba su padre, un dócil funcionario, plegándose a las exigencias de la madre. Hasta la muerte repentina de esta última, cuando Dorothy tenía dieciséis años, su niñez no estuvo marcada por ningún trauma importante, si bien le resultaba difícil contestar a la pregunta de si había tenido una infancia feliz. Con el tiempo reconoció haberse sentido culpable desde muy pequeña por el hecho de disfrutar de una vida cómoda en comparación con la de muchos otros niños y, aun así, no sentirse feliz. Con todo, a menudo adoptaba un aire de fingida alegría, para así complacer a su padre, cuya propia felicidad parecía depender

de la suya. Él la engatusaba constantemente para que jugaran juntos, cuando ella hubiese preferido que la dejaran en paz con sus cosas. Su madre, por otra parte, no perdía ocasión para recordarles a Dorothy y a su hermana lo afortunadas que eran, y, como resultado, Dorothy había practicado la moderación desde la más tierna infancia, sobre todo en lo tocante a los caprichos con los que a su padre le gustaba tentarla: helados, regalos de cumpleaños, caramelos y demás. Ya de muy niña desarrolló un profundo resentimiento hacia su hermana. Este, insistía, no era producto de los celos normales que afloran cuando llega un nuevo hermano y se diluye la atención y el cariño de los padres hacia el primer hijo. Más bien se debía a que esta hermana pequeña era a menudo problemática e indisciplinada y, aun así, sus padres seguían dándole el mismo trato que a ella. Parecía injusto que mientras que a ella no la premiaban por su buen comportamiento, a su hermana no la castigaran por su rebeldía.

Dorothy destacó en el colegio y consiguió una beca para estudiar Matemáticas en Oxford. Allí continuó eclipsando a sus compañeros y, aunque introvertida, encajó bastante bien. En Oxford descubrió que no era obligatorio «participar» o fingir estar pasándose bien. Se volvió solitaria y distante. Fue la primera vez, dijo, que pudo ser «ella misma». A pesar de todo, cada vez que sus compañeras iban a un

baile o celebraban una fiesta improvisada en sus habitaciones, sentía que la consumían los celos. Se graduó con la mejor nota de la clase y, más tarde, mientras preparaba el doctorado, conoció a un joven miembro del personal docente con el que se comprometió en matrimonio. No sentía, me dijo, nada especial hacia él, mucho menos deseo sexual, pero aceptó casarse porque tuvo la impresión de que aquel era el tipo de joven decente que gozaría de la aprobación de su padre. Más tarde, el prometido de Dorothy rompió el compromiso, alegando que deseaba concentrarse en su carrera por el momento. Dorothy creía que el verdadero motivo por el que puso fin a la relación fue que ella había sufrido un período de agotamiento nervioso, lo que requirió un breve internamiento en un sanatorio, y que él temió que fuera una persona inestable. En cualquier caso, para ella fue un alivio que se suspendiera la boda, puesto que ni ella misma se sentía preparada para el matrimonio.

En su primera visita a mi consulta, Dorothy iba bien arreglada y se presentó con profesionalidad, como si estuviera en una entrevista de trabajo. Aunque hacía calor, vestía un traje de chaqueta de *tweed* que la hacía parecer mucho más mayor de lo que en realidad era. Llevaba poco o nada de maquillaje. Es bastante

habitual que los visitantes de clase media se presenten de este modo. Están ansiosos por causar una buena primera impresión; por distinguirse de los lunáticos babeantes que, en su imaginación, creen que frecuentan la gruta del loquero. Pero Dorothy se empleó mucho más a fondo que la mayoría. Antes incluso de tomar asiento, declaró: «Y bien, doctor Braithwaite, ¿cómo lo hacemos?».

Aquella era una joven con un interés desmesurado por controlar las situaciones en las que se encontraba. Yo acepté el órdago: «Podemos hacerlo como usted quiera».

Trató de ganar tiempo mientras se retiraba los guantes poco a poco y los guardaba con esmero en el bolso que había depositado a sus pies. Luego se embarcó en una disquisición sobre cuestiones prácticas, la frecuencia de nuestras sesiones y demás cosas por el estilo. Dejé que siguiera hasta que no se le ocurrió nada más que decir. En situaciones así, el silencio es la herramienta más valiosa del terapeuta. Todavía no me he topado con un solo visitante capaz de resistirse al impulso de llenarlo. Dorothy se tocó el pelo, se alisó el dobladillo de la falda. Era de lo más precisa en sus movimientos. Entonces preguntó si no deberíamos empezar ya.

Le dije que ya habíamos empezado. Ella fue a protestar, pero se interrumpió.